



El personaje morisco Álvaro Tarfe en el Quijote de 1615 o el retorno de lo reprimido

David Alvarez Roblin

► To cite this version:

David Alvarez Roblin. El personaje morisco Álvaro Tarfe en el Quijote de 1615 o el retorno de lo reprimido. *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 2018, Minorías en la España medieval y moderna: asimilación o/y exclusión (siglos XV al XVII), pp.106-117. hal-03860711

HAL Id: hal-03860711

<https://u-picardie.hal.science/hal-03860711>

Submitted on 18 Nov 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License

El personaje morisco Álvaro Tarfe en el *Quijote* de 1615 o el retorno de lo reprimido

David Álvarez Roblin
(Université de Picardie Jules Verne)

El objetivo de este artículo es contribuir a una mejor inteligencia e interpretación del morisco Álvaro Tarfe tal y como aparece en la Segunda parte del *Quijote* cervantino. Tarfe es un personaje central de la continuación de Avellaneda que Cervantes convierte a su vez en pieza clave de su respuesta literaria, en el capítulo 72 de su gran novela.

Antes de ser integrado por los dos novelistas a sus obras respectivas, la figura del moro Tarfe ya tenía una existencia literaria relativamente bien documentada: por una parte, aparecía en varios romances que lo retratan como un personaje valiente pero descortés⁹⁵; por otra, también existía en el romancero una tradición más idealizadora del personaje, del que se hace mención igualmente, con unas características más ambivalentes, en la Primera parte de las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita (ora como Tarfe ora bajo la variante Atarfe) (Carrasco Urgoiti 2007, 43-44). Previamente al juego literario en el que lo involucran Cervantes y Avellaneda, el moro Tarfe estaba ya revestido por lo tanto de cierta polivalencia, que ambos novelistas han sabido aprovechar, inclinándose cada uno por una vertiente distinta del personaje (Márquez Villanueva 302-311).

En la novela de Avellaneda, publicada en 1614, Álvaro Tarfe ya no es el moro del romancero sino que se ha convertido técnicamente en un morisco. Su papel en la obra es decisivo, pero sus designios no siempre resultan fáciles de discernir: es él quien anima indirectamente a don Quijote a ir a Zaragoza para participar en unas justas caballerescas y, a continuación, es el caballero granadino quien introduce a don Quijote en el mundo de la aristocracia aragonesa. En más de una ocasión puede aparecer como un auxiliar que intercede en favor del hidalgo manchego, pero también lo manipula a su antojo para reír a sus expensas. Tarfe —anagrama de ‘Frate’— resulta ser un amigo equívoco y también una especie de doble del protagonista: forma parte de los burladores y se divierte con ellos, pero queda relegado al margen del grupo que conforman. De hecho, es él el encargado por los nobles madrileños de realizar el ‘trabajo sucio’ al final de la novela, es decir, llevar a don Quijote hasta el manicomio de Toledo (o Casa del Nuncio), donde el protagonista será recluido provisionalmente antes de salir en busca de nuevas aventuras.

Como bien lo han demostrado María Soledad Carrasco Urgoiti (1993, 275-293) y, posteriormente, Luce López-Baralt (249-266), en el *Quijote* apócrifo Álvaro Tarfe es un personaje más complejo de lo que parece a primera vista. Su condición de “morisco ahidalgado” le permite ocupar un lugar muy peculiar de intermediario entre dos mundos: el de los nobles de buen gusto, expertos en burlas palaciegas, y el del hidalgo pobre de aldea con ínfulas de grandeza en el que se ha convertido don Quijote bajo la pluma de Avellaneda. El papel de este personaje morisco en la novela apócrifa y el problema de su integración a las élites nobiliarias en la obra ha sido examinado con finura por las dos

⁹⁵ Varios de estos romances refieren una leyenda retomada posteriormente por Lope de Vega en dos comedias. Estas cuentan cómo Tarfe reta a los cristianos ante los muros de Santa Fe y se burla del “Ave María” durante el cerco de la ciudad, antes de ser mortalmente castigado por un joven caballero cristiano llamado Garcilaso de la Vega. Las dos obras de Lope son *Los hechos de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe*, fechada entre 1579 y 1583, y *El Cerco de Santa Fe e ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega*, probablemente escrita entre 1596 y 1598. Véase al respecto Martínez (119-128).

investigadoras aludidas, que se decantan más bien por una lectura cómica del personaje⁹⁶. Dejaré de lado por lo tanto este aspecto de la cuestión, para centrarme en el tratamiento de Tarfe por Cervantes en el capítulo 72 del *Quijote* de 1615.

Los primeros críticos que se han interesado con cierto detenimiento por este episodio (Martín de Riquer XXIII-XXVI y Nicolás Marín 249-271) han puesto de realce la “jugada maestra” que constituye la apropiación por el alcaíno de una criatura oriunda de la novela apócrifa, recalcando cómo en manos de Cervantes el personaje se rebela, en cierto modo, contra su creador; otros investigadores, sin negar el virtuosismo literario que requiere semejante vuelco, han subrayado en cambio el carácter problemático de la estrategia cervantina, que no solo inmortaliza de este modo la obra de Avellaneda, sino que ofrece a sus personajes un garante muy poco fiable, tanto por su condición de morisco como por su estatus de personaje salido de una novela mentirosa de principio a fin. Esta es la postura defendida, con diversos matices, por Riley (333-335) y Molho (510-511), y discutida por Wilhelmsen (73-85) y Ruta (186-190).

Siguiendo esta segunda línea de interpretación, quisiera ahondar en esta contradicción y estudiar más en profundidad su alcance, pero prestando mayor atención a la condición de morisco de Álvaro Tarfe que ha sido relativamente desatendida por estos críticos. Bien sabido es que a partir del capítulo 59 Cervantes rechaza oficialmente la obra de Avellaneda y que pretende excluirla de su mundo literario con la ayuda de sus protagonistas, pero en el capítulo 72 —ya cerca del final— se inmiscuye la obra avellanedesca en la ficción cervantina bajo la forma de un caballero morisco. Lo que hubiera podido redundar en un violento enfrentamiento con una otredad rechazada (por morisca y apócrifa) desemboca, sin embargo, en un momento de concordia: Álvaro Tarfe se convierte en efecto en aliado y hasta cierto punto en alter ego de don Quijote⁹⁷. ¿Cómo explicar que Cervantes acabe integrando pacíficamente en su territorio novelesco a aquello que pretendía excluir con vehemencia? ¿Desempeña acaso un papel peculiar en este proceso la condición de morisco de Álvaro Tarfe?

Para tratar de contestar a estas preguntas, examinaré las 4 etapas principales del encuentro de los personajes cervantinos con el caballero granadino. Tras recordar muy brevemente el marco peculiar en el que se desarrolla la escena, me centraré primero en el cortés interrogatorio al que es sometido el granadino por los protagonistas; trataré luego de demostrar cómo se orienta paulatinamente la conversación hacia un proceso de ‘virtualización’ y de quijotización de Álvaro Tarfe, que a imagen y semejanza de don Quijote es presentado como un ser hostigado por encantadores perversos; esto me llevará a continuación a poner de realce la tensión que caracteriza la escritura a lo largo de esta secuencia y, más especialmente, en el momento más crítico del encuentro, en el que el morisco ve trastornada su identidad; y examinaré por fin la declaración pública que hace Tarfe para descalificar a los protagonistas de Avellaneda, que, bien mirada, podría tener un sentido más equívoco y polisémico de lo que parece.

⁹⁶ Acerca de la integración de la nobleza morisca a las élites cristianas desde una perspectiva histórica y literaria, véase también Torres (722-748). Sobre los residuos del morisquismo en general en Cervantes y Avellaneda, Benumeya (197-212).

⁹⁷ El episodio presenta, además, cierta analogía estructural con el reencuentro entre Sancho y Ricote (II, 54): en sendos capítulos, en efecto, se narra el encuentro entre dos hombres que, dado el contexto histórico de rechazo del otro, hubieran podido convertirse en antagonistas, pero que, lejos de enfrentarse, comen juntos y dialogan en “buena paz y compañía”. En palabras de Márquez Villanueva (224): “Sancho y Ricote (cristianos viejo y nuevo) son en cierto modo un mismo personaje en cuanto versiones gemelas de una españolidad desdoblada”.

1. El mesón como marco de un cortés interrogatorio

Tras la derrota del caballero manchego en la playa de Barcelona, don Quijote y Sancho regresan hacia su pueblo y se paran en un mesón para descansar (II, 71). La elección de este espacio es significativa ya que, a diferencia de lo que ocurre en la novela picaresca, donde ventas y mesones suelen ser el lugar del engaño y del fraude por antonomasia, estos tienden a convertirse, en el *Quijote* de 1615, en un espacio de reencuentros donde estalla la verdad (Ly 82-90). Los protagonistas se topan, de hecho, con un personaje que don Quijote reconoce de inmediato: se trata de un tal Álvaro Tarfe, nombre que el caballero manchego recuerda haber visto fugazmente cuando hojeó el libro de Avellaneda (capítulo 59).

Para hablar más cómodamente, los viajeros se instalan en el portal “espacioso y fresco” (Cervantes 1205) y son patentes, al comienzo de la escena, las reminiscencias del primer capítulo de la novela apócrifa. En la escena correspondiente, de manera semejante, Álvaro Tarfe y don Quijote elegían para poder conversar más a su gusto el patio de la casa del hidalgo por ser un lugar “fresco” (Avellaneda 21). No obstante, Cervantes se aleja de la ficción de su competidor por lo que se refiere al retrato y a la presentación que hace Tarfe de sí mismo: su primera aparición es menos aparatosa que en la ficción de Avellaneda y el morisco, además, menciona su patria, Granada, pero no se refiere a su linaje como lo hacía —con cierta petulancia— en la continuación apócrifa (Márquez Villanueva 309)⁹⁸.

Los primeros intercambios verbales involucran únicamente al caballero manchego y al granadino, dejando momentáneamente de lado al escudero. En contra de lo que se hubiera podido esperar, el diálogo está desprovisto de cualquier agresividad: este empieza por una serie de preguntas y respuestas breves, que lo asemejan a un interrogatorio, pero impera la mayor cortesía de principio a fin. Resulta llamativo, ya desde las réplicas iniciales, que se recalque repetidamente la condición de *caballero* del granadino, como si se tratara de presentar a Tarfe no solo como un testigo clave, sino como una persona digna de fiar:

— [...] V. M. debe ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la historia de don Quijote de la Mancha recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o a lo menos le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo por ser demasiadamente atrevido. (Cervantes 1205-1206)

Por otra parte, Cervantes exagera notablemente el grado de amistad entre ambos personajes en la novela apócrifa (“grandísimo amigo”, “*en verdad en verdad* le hice muchas amistades”), quizá para afianzar el testimonio del personaje que, por haber conocido tan de cerca al don Quijote apócrifo, teóricamente no se puede equivocar. La respuesta de Tarfe, en cualquier caso, resume muy esquemáticamente el programa argumental de la novela de Avellaneda y subraya el papel que ha desempeñado en ella, poniendo especial énfasis en el momento en que ha sacado a don Quijote de la cárcel y lo

⁹⁸ En esta se presentaba como descendiente “del antiguo linaje de los moros Tarfes de Granada, deudos cercanos de sus reyes, y valerosos por sus personas” (Avellaneda 21).

ha librado de la vergüenza pública durante su estancia en Zaragoza⁹⁹. Las palabras del morisco permiten expresar, con gran economía de medios, los cambios esenciales introducidos por el autor tordesillesco en cuanto a la personalidad de don Quijote, convertido por “el aragonés” en loco de remate y perturbador del orden público.

Otro rasgo especialmente llamativo del intercambio es que las preguntas de don Quijote y las respuestas de Tarfe son binarias, rotundas e incluso un tanto redundantes, especialmente por lo que se refiere a las negaciones:

Y dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?

—No, por cierto —respondió el huésped—, en *ninguna* manera.

—Y ese don Quijote —dijo el nuestro— ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía —respondió don Álvaro—; y aunque tenía fama de muy gracioso, *nunca* le oí decir gracia que la tuviese. (Cervantes 1206)[mías las cursivas]

Dicho de otro modo, llama la atención el carácter inusitadamente didáctico del diálogo. A lo largo de su novela Cervantes había acostumbrado a sus lectores a una mirada plural sobre las cosas, a una diversidad de opiniones y pareceres débilmente jerarquizadas, que casi siempre dejaban un lugar para la irresolución: piénsese por ejemplo en don Diego de Miranda y su hijo don Lorenzo, que dudan si don Quijote ha de considerarse como loco o cuerdo (II, 17-18); o recuérdese el diálogo de don Quijote con el canónigo de Toledo, en el que el hidalgo cuerdo-loco se lanza en una encendida y convincente defensa de las ficciones caballerescas en nombre del placer de la lectura (I, 47-50). Aquí, en cambio, convergen todos los puntos de vista de una manera prácticamente unívoca, de tal modo que la escritura se vuelve más demostrativa que de costumbre.

Esta impresión se confirma en la etapa siguiente de este juego de preguntas y respuesta, que involucra ahora a Sancho. El escudero se retrata a sí mismo y a su amo como antítesis de sus dobles contrahechos, recalcando de entrada la gracia que lo separa de su alter ego apócrifo, en el marco de una réplica a la vez más cómica y prolija que las anteriores:

[...] el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y, si no, haga vuestra merced la experiencia y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas [...] (Cervantes 1206)

En efecto, resulta graciosa la propuesta que le hace el campesino al granadino de convertirse en su acompañante durante un año: el escudero invierte aquí las jerarquías sociales, como si predominaran sobre ellas las jerarquías literarias (el campesino Sancho, por ser un personaje de Cervantes, toma una especie de ascendiente sobre el caballero Tarfe, que se relega irónicamente a una categoría inferior, a saber la de simple ayudante). Para rematar su demostración, Sancho también ilustra perfectamente su papel de figura del donaire cuando define al auténtico don Quijote como “matador de doncellas”,

⁹⁹ A este respecto véanse los capítulos 8-11 del *Segundo tomo* de Avellaneda.

aludiendo de este modo a la muerte fingida de Altisidora ante los supuestos desdenes de su amo. En otras palabras, a diferencia del escudero de Avellaneda, caracterizado por sus burdas groserías, el Sancho auténtico destaca por la amenidad de su conversación y por sus graciosos disparates.

2. Encantamiento y ‘quijotización’ de Tarfe

A estas alturas la distinción entre protagonistas auténticos y apócrifos parece fuera de dudas y lo mismo puede decirse del estatus de Tarfe como garante fehaciente de la autenticidad de los personajes cervantinos, pero Sancho termina su larga réplica con una afirmación que, en vez de dar la estocada final al libro de Avellaneda, complica la resolución del problema: “todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho es *burlería y cosa de sueño*” (Cervantes 1206)[mías las cursivas]. Efectivamente, esta aseveración no deja de ser un arma de doble filo: por una parte, estos dos calificativos le restan crédito a la obra del continuador; pero, por otra, esta degradación ontológica del libro de Avellaneda, convertido en mera virtualidad¹⁰⁰, vuelve más incierto el estatuto de Tarfe que, a consecuencia, parece proceder de una obra tan dudosa e irreal como el sueño de don Quijote en la Cueva de Montesinos o el viaje aéreo a lomos de Clavileño¹⁰¹.

La dificultad planteada por la existencia simultánea de las dos obras rivales y de sendas parejas de protagonistas (una auténtica y otra apócrifa) se manifiesta de forma aún más aguda en las siguientes réplicas de Tarfe, cuando afirma balbuciente: “*Pero no sé que me diga que osaré yo jurar que le dejo* yo metido en la Casa del Nuncio, en Toledo [...] y *remanece* aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío” (Cervantes 1206)[mías las cursivas]. La sucesión de tres oraciones subordinadas torpemente enlazadas y su traducción fonética por una serie de oclusivas encadenadas expresan formalmente la turbación del personaje cuya identidad, presa de fuerzas centrífugas, parece amenazada de disolución¹⁰². A esto se añade el uso del verbo *remanecer*, que parece emparentar a don Quijote con una visión del otro mundo, reforzando así el carácter extraño del encuentro¹⁰³. Por si fuera poco, para protegerse contra el peligro que representa este descubrimiento para su integridad, el granadino utiliza una explicación sorprendente de la que don Quijote había tenido el monopolio casi exclusivo hasta el momento, a saber la mención de unos encantadores malignos para justificar el desajuste entre su percepción y la realidad: “[...] tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo” (Cervantes 1206). Ocurre como si, al cambiar de obra, el tráfuga Tarfe acabara incorporando rasgos propios del don Quijote cervantino, es decir, en cierto modo a ‘quijotizarse’, a diferencia de lo que ocurría en la novela apócrifa, en la que actuaba más bien en sintonía con los burladores. En efecto, el granadino se va convirtiendo, conforme va avanzando el diálogo, en una nueva víctima de los genios malignos que hostigan al

¹⁰⁰ Entre los sentidos posibles de la palabra *burlería* ofrecidos por el *Diccionario de Autoridades*, se encuentran en efecto “acción continuada de burlar”, “engaño” pero también “cuento fabuloso”.

¹⁰¹ El estatuto ontológico problemático de Álvaro Tarfe no solo ha interesado a la crítica, sino que se ha convertido posteriormente para varios escritores en un ‘caso’ literario digno de ser explorado en el marco mismo de la ficción. Sobre el particular véase Castells (799-808) que estudia los avatares de Álvaro Tarfe en las obras de Carlos Rojas (“Fragmento de unas memorias inéditas de don Álvaro Tarfe”) y Miguel Ángel Lama (“Una menudencia quijotextual”), ambas publicadas en 1992.

¹⁰² En opinión de Marín (270), en este ambiente extraño Tarfe se parece “al difunto que ve pasar su propio entierro”.

¹⁰³ Según Covarrubias (902) el verbo *remanecer* significa “Ofrecerse en presencia alguna cosa que no esperábamos, como que se nos amanece, *vel a remanendo*, porque se nos quedaba atrás”.

caballero manchego y que —alegóricamente— bien podrían remitir a Cervantes y Avellaneda.

En el conjunto de este pasaje existe por lo tanto una tensión entre dos procesos contrarios: por una parte, Cervantes parece aproximarse paradójicamente a la manera de escribir de Avellaneda, en la medida en que tiende como él a excluir cualquier indeterminación en la escritura (el diálogo es binario y las repuestas categóricas); pero, por otra, experimenta una forma de novelar atrevidamente moderna, que va en sentido diametralmente opuesto: rompe la verosimilitud y se aleja de los terrenos acotados, introduciendo en su novela a un personaje cuyo grado de existencia es altamente incierto.

3. La tensión en la escritura: dos procesos antagónicos

En la tercera y última etapa del diálogo se prosigue esta oscilación entre dos tendencias contrarias y se incrementa la trasgresión de los códigos aristotélicos al uso (unidad y verosimilitud). Con el empleo de la palabra “prueba” en boca de don Quijote, se refuerza el proceso inquisitivo y demostrativo empezado anteriormente con el fin de desprestigiar la versión de la historia difundida por Avellaneda:

—Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo. Para *prueba* de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida *no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad* no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su *mentira*, y, así, me pasé de claro a Barcelona [...]. (Cervantes 1207) [mías las cursivas]

También van en este sentido las expresiones “ese don Quijote fantástico” y, más adelante, “mentira” y “usurpar”. De este modo, los personajes de Avellaneda quedan relegados una vez más a un grado de existencia inferior al de los héroes cervantinos.

Sin embargo, resulta sorprendente —por esa misma razón— que les parezca tan necesario a don Quijote y Sancho que Tarfe declare jurídicamente ante un escribano y un alcalde que ellos *no son* esos seres “fantásticos”: “A vuestra merced suplico [...] sea servido hacer una declaración ante el alcalde de este lugar” (Cervantes 1207). Aún más inverosímil resulta el hecho de que Tarfe no solo acepte “de muy buena gana” la solicitud, sino que declare a renglón seguido: “vuelvo a decir y me afirmo que *no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado*” (Cervantes 1207)[mías las cursivas]. Lo que proclama el morisco —presa ahora de una especie de iluminación— va mucho más allá de lo que le pedían el caballero y su escudero, puesto que pretende aniquilar por sus palabras todo lo que ha vivido en la novela de Avellaneda, como quien quiere borrar un pasado infame o rechaza una creencia equivocada. El granadino parece vivir una suerte de revelación que lo lleva a disociarse de su anterior existencia, como se abandona una herejía para adherirse a ‘la fe verdadera’.

De nuevo, se observan dos procesos simultáneos, que van en unas direcciones encontradas: por una parte, se le priva de cualquier credibilidad a la obra de Avellaneda; pero, por otra, se vuelve cada vez menos sólido el grado de existencia —y por lo tanto la autoridad— del garante que Cervantes ha elegido para sus personajes¹⁰⁴. En cambio, conforme va avanzando la escena, se desprende progresivamente un creciente grado de

¹⁰⁴ Acerca del grado de existencia problemático de Tarfe, véanse Riley (333-335), Molho (510-511) y también Wilhelmsen (73-85), que a la vez resume y discute los argumentos propuestos por los demás críticos en cuanto al estatuto ontológico peculiar de Álvaro Tarfe. Ruta (190) señala por su parte que la condición de morisco del personaje hace dudar de la fiabilidad de su testimonio.

hermandad entre el auténtico don Quijote y Álvaro Tarfe, reforzado por la explicación de Sancho que, entre burlas y veras, achaca la responsabilidad de la situación a los encantadores: “Sin duda [señor don Álvaro Tarfe] que vuestra merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea” (Cervantes 1207-1208). Esta intervención del campesino proporciona un nuevo ejemplo del vaivén que caracteriza toda la escena, entre encorsetamiento de la escritura e indeterminación lúdica de la misma.

4. La expiación y la declaración jurídica del morisco: ¿un prelude al desengaño y al testamento de Alonso Quijano?

En el último movimiento del texto, ya no dialogado sino casi exclusivamente a cargo del narrador, se cuenta finalmente la declaración que hizo el morisco granadino delante de un alcalde y un escribano del lugar, que se acompañada de una sobreabundancia de términos jurídicos (“petición”, “derecho”, “declararse”, “jurídicamente”, “declaración”). Cervantes parece rematar con este acto, que se asemeja a un juicio simbólico de la obra apócrifa, el proceso de desautorización del continuador, cuyo seudónimo —Avellaneda— es mencionado por primera y única vez en la novela¹⁰⁵:

Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquél que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. (Cervantes 1208)

No obstante, una frase del narrador, que presenta el trámite como innecesario, viene de pronto a matizar el alcance de aquel solemne acto:

Finalmente el alcalde proveyó jurídicamente la declaración con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, *como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y palabras*” (Cervantes, 1208).

Este comentario, en efecto, no deja de ser equívoco: si los protagonistas cervantinos anhelan que se consigne por escrito todo lo que dice Tarfe, ¿no será precisamente porque la diferencia entre ellos y sus dobles no queda tan clara como ellos quisieran? En otras palabras, esta incisa del narrador es en parte reversible y la situación de los personajes cervantinos quizá no resulte tan triunfante, a fin de cuentas, como podía parecer a primera vista.

Igualmente llamativa es la última frase del párrafo en la que el narrador indica que el discreto don Quijote “*desengañó* a don Álvaro del *error* en que estaba; el cual se dio a entender que debía de estar *encantado*, pues *tocaba con las manos* dos tan contrarios don Quijotes” (Cervantes, 1208) [mías las cursivas]. La actitud de Tarfe y la consiguiente invalidación de la obra de Avellaneda adquieren de nuevo una connotación casi religiosa, ya que la equivocación del granadino parece equiparada con un problema de fe (tanto por la polisemia de la palabra “error” como por la expresión “tocar con la mano” que hace pensar en Santo Tomás de Aquino y su ‘poca fe’). El texto es elíptico, pero relaciona

¹⁰⁵ En los capítulos anteriores y posteriores, en efecto, solo se menciona al rival indirectamente, mediante una serie de perífrasis: “autor moderno” (Cervantes 1112 y 1205), “historiador moderno” (1115), “autor aragonés” (1115) y “escritor fingido y tordesillesco” (1223).

implícitamente al personaje morisco con la cuestión de la creencia, aunque esta no afecte el ámbito espiritual sino el terreno literario.

Otro término clave, en las líneas finales del episodio, es la palabra “desengaño” que refuerza el parentesco entre don Quijote y Tarfe. Se pone claramente de manifiesto ahora que los dos caballeros no solo tienen en común el hecho de regresar derrotados a sus patrias respectivas (en tanto que morisco y en tanto que caballero vencido) y de ser víctimas de encantamientos, sino que los dos aparecen como unas criaturas engañadas que caminan hacia el desengaño. En las líneas finales del episodio, que comentan una acción ya cronológicamente posterior a la despedida entre el morisco y los protagonistas, se pone de relace una última vez el parentesco entre los dos caballeros al subrayar nuevamente su condición compartida de “engañados” (el uno por Sancho, que finge darse los azotes para desencantar a Dulcinea; y el otro por unos encantadores malevolentes que lo han llevado a confundir al don Quijote apócrifo con el verdadero):

No perdió el *engañado don Quijote* un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada era tres mil y veinte y nueve. Parece que había madrugado el sol a ver el sacrificio, con cuya luz volvieron a proseguir su camino, tratando entre los dos del *engaño de don Álvaro* y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente. (Cervantes 1209) [mías las cursivas]

Este conjunto de similitudes entre Tarfe y don Quijote permite hermanar a los dos caballeros y lleva a preguntarse si, más allá de la polémica contra Avellaneda, el encuentro con el morisco, que los personajes cervantinos orientan hacia el desengaño e incitan a declarar ante el alcalde, no sirve también para preparar el desengaño final del héroe cervantino y la redacción de su testamento en el desenlace —ya muy cercano— de la novela. Por tanto, lejos de ser un episodio añadido artificialmente, el cara a cara con el granadino participa a su manera en el proceso de maduración del héroe cervantino y desempeña un papel preparatorio con respecto a la clausura de la obra, con el que ofrece un curioso juego especular.

Han de destacarse tres observaciones esenciales de todo lo que antecede:

En primer lugar, en el capítulo 72, el morsico Tarfe le sirve de instrumento a Cervantes para desautorizar a su rival, mediante un proceso de imitación mutua, de signo parcialmente inversivo. En efecto, lejos de retomar tal cual al caballero granadino, cómplice de los burladores aunque desterrado por ellos al margen del grupo que constituyen, Cervantes lo somete a un proceso de aculturación literaria para integrarlo a su propio mundo novelesco: borra los rasgos menos amenos del personaje (especialmente sus ínfulas de grandeza y el su engreimiento) y le atribuye una serie de características que lo emparentan con el auténtico don Quijote, con lo cual tienden a borrarse gradualmente las fronteras entre lo propio y lo ajeno. Ambos protagonistas comparten ahora un estatuto de víctimas y tienen en común una identidad inestable y huidiza. Sin embargo, el hecho de que el *Quijote* de 1615 ‘cervantice’, en cierto modo, al personaje avellanedianos también se acompaña en el mismo capítulo de un proceso contrario y paradójico: al adueñarse de Tarfe, Cervantes adopta a su vez rasgos de escritura que recuerdan el arte de escribir de su competidor (asume por momentos un modo de novelar más demostrativo y binario que en otros capítulos de su obra).

En segundo lugar, el binomio Quijote/Tarfe recuerda estructuralmente el binomio Sancho/Ricote. En los capítulos 54 y 72 respectivamente, escudero y caballero tienen cada uno una relación privilegiada con un morisco, posteriormente al momento de la

expulsión, y comparten con él un momento de convivencia —casi podría decirse de fraternidad—. No obstante, a diferencia de lo que ocurre con Ricote, se desplaza ahora el problema de la identidad del morisco desde el terreno religioso y sociopolítico hacia el ámbito literario. En este contexto, la analogía implícita entre el “engaño” de Tarfe y un “error de fe” presente en el capítulo 72 parece servir ante todo para expresar y dramatizar lo impío que resulta confundir a los auténticos personajes con sus dobles contrahechos; dicho paralelismo subraya lo que tiene de sacrílega para Cervantes la empresa literaria de Avellaneda, poniendo de realce al mismo tiempo el carácter transcendente y casi sagrado que tiene para él la creación artística.

En tercer y último lugar, Tarfe encarna una ‘otredad’ doblemente rechazada, en virtud de su condición de morisco y de criatura salida de la obra de Avellaneda. A la luz de todo lo dicho anteriormente, su intrusión en el *Quijote* de 1615 (enfaticada por el uso del verbo *remanecer*) puede interpretarse alegóricamente como una manifestación de lo que el psicoanálisis denomina el ‘retorno de lo reprimido’ (*Wiederkehr des Verdrängten*)¹⁰⁶. En efecto, por mucho que Cervantes haya querido rechazar esta continuación alógrafa que primero percibió como una intromisión irritante, no hay más remedio que admitir que al final acabó por integrarla parcialmente en su mundo ficcional, apoderándose de uno de sus personajes. Más allá del instintivo gesto de repudio que debió experimentar, el alcalaíno también debió sentir oscuramente que omitir por completo la novela de su antagonista hubiera sido privar su obra de una alteridad inquietante que —lo quisiera o no— ya había pasado a formar parte de su propia identidad.

¹⁰⁶ Utilizo este concepto conforme a la definición que dan de él Laplanche y Pontalis (424): “Processus par lequel les éléments refoulés, n’étant jamais anéantis par le refoulement, tendent à réapparaître et y parviennent de manière déformée sous forme de compromis”.

Obras citadas

- Carrasco Urgoiti, María Soledad. “Don Álvaro Tarfe: el personaje morisco de Avellaneda y su variante cervantina”. *Revista de filología española* 73.3-4 (1993): 275-293.
- “Don Álvaro Tarfe (*Quijote* II, 73), morisco ahidalgado”. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 27. 2 (2007): 43-57.
- Castells, Isabel. “Destinos de Álvaro Tarfe en la narrativa española reciente”. En Giuseppe Grilli ed. *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Nápoles: Società Editrice Intercontinentale Gallo, 1995. 799-808.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Francisco Rico dir. Barcelona: Instituto Cervantes-Crítica, 1998.
- Covarrubias Orozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Martín de Riquer ed. Barcelona: Editorial Alta Fulla, 2003.
- Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española* [1726-1739]. Facsímil de la edición de 1726 (Madrid, Francisco del Hierro, viuda y herederos). Madrid: Gredos, 1979. t. I.
- Gil Benumeya Grima, Rodolfo. “Residuos del morisquismo en los *Quijotes* de Cervantes y Avellaneda”. En Nuria Martínez de Castilla Muñoz & Rodolfo Gil Benumeya Grima dir. *Cervantes y el Islam*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006. 197-212.
- Fernández de Avellaneda, Alonso. *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Luis Gómez Canseco ed. Madrid: Real Academia Española-Centro para la edición de los clásicos españoles, 2014.
- Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Baptiste. *Vocabulaire de la psychanalyse*. París: Presses Universitaires de France, 1967.
- López Baralt, Luce. “Juan Ruiz y el morisco Tarfe, galanes de la dueña chica”. En Francisco Toro Ceballos coord. *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita y el “Libro de Buen Amor”*: Congreso homenaje a Alan Deyermond. Alcalá la Real: Ayuntamiento de Alcalá la Real, 2008. 249-266.
- Ly, Nadine. “Don Quichotte: livre d’aventures et aventures de l’écriture”. *Les langues néo-latines* 267 (1988): 5-92.
- Marín López, Nicolás. “Reconocimiento y expiación: Don Juan, Don Gerónimo, Don Álvaro”. En Agustín de la Granja ed. *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*. Granada: Universidad de Granada, 1988. 249-271.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2010.
- Martínez Bennecker, Juan B., “El cerco de Santa Fe de Lope de Vega y la poética del heroísmo”. *Lemir* 18 (2014): 119-128.
- Molho, Maurice. “El sujeto apócrifo o el arte de manipular al otro. Observaciones sobre el *Quijote* de Avellaneda”. *De Cervantes*. París: Éditions Hispaniques, 2005. 505-514.
- Riley, Edward C., *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid: Taurus, 1966.
- Riquer, Martín de. “Introducción” a Alonso Fernández Avellaneda. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Espasa-Calpe, 1972, t. I. VII-CIV.
- Ruta, María Caterina. “Don Álvaro Tarfe entre Cervantes y Avellaneda”. En Peter Frölicher & Georges Günter. *Teoría e interpretación del cuento*. Berna: Lang, 1995. 178-190.
- Torres Corominas, Eduardo. “Surgimiento de la novela morisca. Problema de integración”. En José Martínez Milán & María Antonietta Visceglia dir. *La monarquía de Felipe III*. Madrid: Fundación Mapfre, 2008, t. III. 722-748.

Wilhelmsen, Elisabeth. "Don Álvaro Tarfe: ente fantasmal o hecho ficticio". *Anales Cervantinos*, 28 (1990): 73-85.